

Intervención de la Canciller Laura Sarabia ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas - Abril 22 de 2025

Comienzo con una cita textual: “Me dirijo ahora a todos, queridos hermanos y hermanas de este amado país, Colombia: niños, jóvenes, adultos, ancianos, que quieren ser portadores de esperanza: que las dificultades no los opriman, que la violencia no los derrumbe, que el mal no los venza. Salgan a ese compromiso en la renovación de la sociedad, para que sea justa, estable y fecunda”.

Este fue el llamado que el Papa Francisco nos dejó en su visita a Bogotá en 2017. Un mensaje que hoy, más que nunca, nos invita a soñar con un país diferente.

El pueblo colombiano siempre ha buscado la construcción de una nación en paz. Sin embargo, como lo advirtió José Eustasio Rivera en *La Vorágine*, una novela colombiana escrita hace más de un siglo, el corazón de los colombianos ha sido atrapado por la violencia. A pesar de los múltiples intentos y no pocos errores, Colombia aún no ha logrado salir del ciclo de la barbarie.

La barbarie no es una abstracción ni un concepto en el aire. Se refleja en más de dos millones de desplazados, nueve millones de víctimas y cien mil desaparecidos. Los campesinos lastimosamente han sufrido la parte más cruel: han sido expulsados una y otra vez de sus tierras fértiles a sangre y fuego. Esa violencia histórica nos ha convertido en uno de los países más desiguales del mundo.

Les habla una generación que heredó de sus padres y abuelos un país en conflicto, pero no quiere entregarle a sus hijos lo mismo. Una generación que aún sueña, que cree que una Colombia en paz es posible. Una generación que no tiene el alma endurecida por las derrotas ni contaminada por las traiciones del pasado ni las perfidias del presente.

Sabemos que no existe en la historia una transición hacia la paz sin obstáculos ni momentos de desesperanza. Pero esa incertidumbre no puede vencernos. Es en medio de las dificultades cuando más debemos persistir.

Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Manuel Zapata Olivella, Laura Restrepo y Alfredo Molano han narrado, desde distintas orillas, cómo la violencia se recicla y se intensifica tras cada fracaso de la paz. La paz no es una disputa entre gobiernos o partidos ni una pugna ideológica: es una cuestión existencial para la sociedad colombiana. Nos jugamos el alma y el futuro para todos y todas.

Cuando el presidente Gustavo Petro propone a Colombia como “potencia mundial de la vida”, no es un simple eslogan: es un llamado urgente a abandonar el alma guerrillera de las generaciones que se van, para abrir paso a los vientos pacifistas de los jóvenes, muchos de los cuales hemos crecido con las heridas aún abiertas del conflicto. Hasta que esto no cambie, quienes han vivido en la línea de fuego de los señores de la guerra, como lo retrata Ricardo Silva en *Río Muerto*, seguirán sufriendo. Los miles de “mudos” y sus familias siguen enfrentando hoy desplazamiento por el conflicto, por el desarrollo, por la

indiferencia. Una violencia que se mantiene sin compasión, sin justicia. El presidente Gustavo Petro, sin duda, les ha dado voz.

Una de las herramientas más poderosas para seguirles dando voz es la implementación del Acuerdo de Paz de 2016, presentado ante este Consejo de Seguridad de la ONU como una declaración unilateral de Estado.

Cumplir el acuerdo no ha sido ni será fácil. De hecho, la implementación del Acuerdo fue ignorada durante cuatro años por decisiones políticas egoístas. Las consecuencias las estamos viviendo ahora:

1. Una Reforma Rural que fue ignorada y que va a pasos lentos.
2. El esclarecimiento de la verdad se fragmentó, dejando a las víctimas en el medio. Es un hecho: fallamos en entregar la totalidad de la verdad.
3. Y no menos importante, la transformación de los territorios más vulnerables no fue una prioridad. Los recursos públicos se comprometieron durante décadas en obras urbanas, mientras en departamentos como Chocó, más de la mitad de la población vive sin agua.

Quizás lo más difícil ha sido que como sociedad no hemos logrado un propósito común ni un método compartido. En el campo, en la ciudad, entre ricos y pobres, entre educados y excluidos, no hay consenso. Surgen los egos, las ambiciones, las comodidades, las emociones más íntimas que obstaculizan el acuerdo.

Cumplir el Acuerdo de Paz no es un gesto simbólico para nuestro país, es un deber del Estado y una prioridad del Gobierno, respaldada por la mayoría ciudadana. La llegada del gobierno del presidente Petro fue un gesto de apoyo popular a construir una Colombia en paz estable y duradera y en estos casi 3 años hemos tenido avances significativos que quiero destacar:

- Primero: hay un diagnóstico y priorización de los 16 Planes Nacionales de la Reforma Rural Integral, con enfoque de género y étnico.
- Segundo: Hay una financiación territorial por 2.4 billones de dólares aprobados para los municipios PDET (Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial), estos son los municipios más afectados por el conflicto.
- Una construcción institucional y comunitaria de los Pactos Territoriales del Catatumbo, Nariño y Cauca, que abarcan 77 municipios, 44 de ellos que son PDET.
- Hay una modernización catastral: Se ha actualizado la información sobre la propiedad, uso y valoración de 9.6 millones de hectáreas de tierra, esto facilita la restitución y fomenta la inversión rural. El 24,8% de esta actualización se realizó en áreas PDET.
- 12.136 firmantes del Acuerdo de Paz siguen activos en los procesos de reincorporación. De estos, alrededor de 2.495 están vinculados laboralmente. Se fortaleció el Sistema Nacional de Reincorporación y se consolidó el Programa de Reincorporación Integral.

- Se han desembolsado 3 millones de dólares para proyectos productivos en 32 departamentos de nuestro país.
- Se han adjudicado más de 133.000 hectáreas de tierras, el 94% de estas se entregaron durante este Gobierno, y se han formalizado 1.2 millones de hectáreas adicionales.
- Se han logrado avances importantes en las conversaciones con el grupo conocido como el Estado Mayor de los Bloques y con los Comuneros del Sur en Nariño. Un resultado de ello es el camino al desarme.
- Entre el 2018 y 2023, en los municipios más excluidos la pobreza rural disminuyó en un 14,9%.
- La participación política para la paz: Se creó el Servicio Social para la Paz, donde como alternativa al servicio militar obligatorio, promoviendo la participación cívica de los jóvenes en el servicio social, e incluso fomentando la erradicación voluntaria de cultivos ilícitos.
- Y por último y no menos importante Evaluación y planificación: Se revisó y actualizó el Plan Marco de Implementación del Acuerdo, introduciendo más de 100 ajustes técnicos y estableciendo 70 nuevos indicadores de seguimiento. El Departamento Nacional de Planeación y el Ministerio del Interior han sido y serán garantes del cumplimiento de dichos pactos territoriales y de la transformación territorial.

A través de vigencias futuras queremos dejarle continuidad a la infraestructura social y a las apuestas de transformación. A la sustitución de cultivos voluntaria y de la mano de los campesinos, porque creemos que solo así será sostenible y duradera. Esto de la mano de operaciones de interdicción, lavado de activos y control militar.

Es vital también reconocer los avances en regiones como el Cañón de Micay, el Cauca y el departamento de Nariño, territorios que históricamente han sido escenarios de conflicto y que hoy son testigos de pasos firmes hacia la paz. Hoy les pedimos que no nos suelten de la mano. Su ayuda continua puede hacer posible lo que muchos creían imposible: afianzar a Colombia en un verdadero laboratorio de paz para el mundo entero.

Aún tenemos deudas pendientes y desafíos que muchos de ustedes han resaltado esta mañana. Por ejemplo, la seguridad de los firmantes de paz. La violencia de grupos armados se ha incrementado en algunas regiones y, lamentablemente, los firmantes han quedado en medio de esta violencia que amenaza con hundir a Colombia en más años de desasosiego. Desafortunadamente la violencia sigue arrebatándole los sueños a muchos colombianos en nuestro país y nuestros niños están pagando las consecuencias irreparables. Y podría seguir mencionando los múltiples desafíos que tenemos como país, pero la esperanza de los colombianos sigue intacta. La esperanza del Cauca, la esperanza de Nariño, la esperanza del Catatumbo, y sobre todo la esperanza en una segunda oportunidad para Colombia. La crisis en el Catatumbo es un llamado urgente a la implementación del Acuerdo de Paz.

Agradecemos profundamente el acompañamiento de la comunidad internacional, en especial el de Naciones Unidas en Colombia. De Carlos Ruiz Massieu, jefe de la Misión

de Verificación de las Naciones Unidas en Colombia, y también de todo este Consejo de Seguridad, que durante ocho años ha expresado su apoyo firme e inquebrantable por La Paz en nuestro país. Su respaldo ha sido esencial para mantener vivo el espíritu del Acuerdo e impulsar proyectos estratégicos en los territorios que alivian a las víctimas más vulnerables del conflicto. Colombia quiere que sea la institucionalidad de la paz —y no el poder de las armas— la que ordene nuestra sociedad, y que quienes persisten en la violencia reciban la respuesta firme y justa que corresponde en un Estado Democrático de Derecho. Para ello el presidente Petro ha trazado un camino claro: priorizar los diálogos que generen resultados tangibles, que tengan voluntad de paz, que transformen vidas y que territorialicen la paz. No se trata de dialogar por dialogar, sino de apostar por procesos reales de cambio. Con valentía, el presidente Petro ha hablado de diálogo social y de sensibilidad hacia quienes no han encontrado otra opción que el conflicto, en tiempos en que vuelven a sonar los tambores de la guerra en nuestro país.

El hecho es que necesitamos avanzar con mayor rapidez y audacia. Venimos a decirle al mundo, con convicción, que Colombia seguirá implementando el Acuerdo de Paz de 2016. Nuestro mensaje es claro: Colombia está comprometida con la paz y solicita el apoyo continuo y decidido del Consejo de Seguridad, de la misión de verificación y de la comunidad internacional para construir un futuro en paz.

En la actual reconfiguración de intereses globales, el respaldo de este Consejo se convierte en la piedra angular para asegurar la continuidad y el éxito de la implementación de este acuerdo. Como ministra de Relaciones Exteriores no vengo a pedir indulgencias, sino a renovar el compromiso de Colombia con la paz. Con el respaldo de esta comunidad, convertiremos la paz en un legado y no en una promesa pendiente. Hablar de paz en Colombia es hablar de dignidad, de memoria, y de futuro. Hay que caminar juntos hacia esa Colombia donde valga más vivir que morir. Que la paz de Colombia sea siempre un objetivo que nos una.

Muchas gracias